

ARTE E IDEAS •

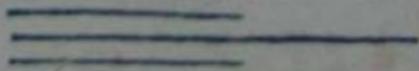
56



LA
CRUZ
DEL
SUR



* Montevideo



BRILLANTES,

ALHAJAS,

RELOJES,

FANTASIAS.



NOVEDADES

REPRESENTANTES DEL

RELOJ "MARIOM"

PRECIOS FIJOS

NEUMÁTICOS
KELLY - SPRINGFIELD



SU DURACIÓN NO SE CUENTA POR
KILÓMETROS SINÓ POR AÑOS

AGENTES:
DANRÉE & CIA.

568 - 25 de MAYO - 576.

MONTEVIDEO.

ALVAREZ & MOLINARI

JUAN CARLOS GOMEZ, 1439

SASTRERIA

LOS MEJORES TRAJES Y
SOBRETODOS DE MEDIDA

MAISON BLEUE

SOMBREROS DE
ALTA NOVEDAD
Y DE GRAN MODA



POLVOS y PERFUMES
SARAH BERNHARDT

BARTOLOMÉ MITRE, 1420.

MONTEVIDEO.

MAPLE

LONDRES * PARIS * BUENOS AIRES
SAN JOSE, 872-882 ≡ MONTEVIDEO



ESTACION DE INVIERNO ■ ■ GRAN SURTIDO DE

MUEBLES DE ESTILO
DAMASCOS, SEDAS, MUSELINAS, Etc.
ALFOMBRAS TURCAS Y PERSAS LEGÍTIMAS
CAMINEROS Y CARPETAS AXMINSTER Y WILTON
ARTEFACTOS Y CAMAS DE BRONCE
BAZAR Y ARTICULOS DE ELECTRO - PLATA

PRECIOS LOS MAS BAJOS

AÑO I.

MONTEVIDEO, MAYO 15 DE 1924

No. 1.

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA QUINCENAL DE ARTE E IDEAS

DIRECTOR:

ALBERTO LASPLACES

SECRETARIO DE REDACCION:

MARIO ESTEBAN CRESPI

Dibujante: H. Fernández y González

Administrador: Raúl Borrat Fabini

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

PASEO POR EL CAMPO

Tomados de la mano
y con los cuerpos juntos, como en las despedidas,
andábamos lo mismo que en los libros de cuentos:
por un caminito.

Era como a la hora de la siesta:
los árboles ardían de chicharras;
y nuestro perro — burlón inconsciente —
le iba sacando la lengua al verano.

El beso que venía meditando
se frustró entre tus codos rosados;
y toda la sangre se te subió a la cara
como las amapolas se suben a la planta;

pero yo era el más fuerte, y por lo mismo
te encerré entre mis brazos como en un corralito.

Y la lengua del perro, sediento y cansado,
era una llama viva
manteniendo encendida
la tarde de verano.

FERNÁN SILVA VALDÉS



FERNÁN SILVA VALDÉS

Somos buenos amigos del poeta Fernán Silva Valdés. Una de estas tardes pasadas fuimos a visitarlo con el ánimo de recordar bien lo que nos dijera — siempre dice cosas interesantes — a fin de darlo a publicidad.

—¿Qué prepara?—preguntámosle.

—“Poemas nativos”.

—¿Hacia dónde orienta su nuevo libro? ¿Qué puede adelantarnos respecto a él?

—En los *poemas nativos* de “Agua del tiempo” me propuse dar la sensación de un canto nuevo, desnudando una infinidad de aspectos poéticos que veía en nuestras cosas y que estaban inéditos aún. Cantos nuevos pedían ritmos remozados. Para cantos viriles y casi salvajes, una música igualmente viril y salvaje, pensé. Creo haberlo conseguido.

Mi próximo libro, “Poemas nativos”, aún dentro de esa misma orientación, tendrá, creo, una nueva virtud. Con él me oriento hacia el pueblo, y conservando iguales elementos de poesía superior, aunque sin enjaularme en músicas monótonas, voy hacia ritmos más regulares, para que mis poemas se vayan aferrando al oído popular. Eso sí, no se les pegará como un tango o una décima; para gustar mis cantos tendrán que elevarse un poco, tendrán que ponerse en puntas de pié.

—¿Cómo evolucionó?

—Apartándome de las sugerencias literarias y dejándome emocionar por el paisaje y las cosas que me rodean. En una palabra: huyendo de los libros y yendo hacia la vida.

—¿Qué sentido de la cosa nativa tiene usted?

—Sentido racial, por una parte, y estético, por otra. Racial, que se deriva del carácter de mis poemas, y estético, que surge de los ritmos renovados y de la imagen nueva, casi siempre apresada por primera vez para el lenguaje.

—¿Ve movimientos similares nativos en otras artes, en el Uruguay u otros países de América?

—Veo movimientos similares o parecidos en música y en pintura.

—¿Y quiénes serían, a su juicio, los artistas representativos?

—En música, considero representantes de ese movimiento a Alfonso Brocqua y Eduardo Fabini en el Uruguay, y a Vicente Forte en la Argentina.

En cuanto a pintura, sólo me referiré a los nuestros, pues no conozco lo suficiente a los de otros países de América.

—¿Y serían, entonces?

—Pedro Figari, quien sin ser lo que se llama *un pintor*, es un verdadero artista. En Figari hay un colorista, un emotivo y un épico evocador de nuestras costumbres antiguas. Gracias a él, no se borrarán en la niebla del tiempo. Figari ha realizado ya su obra. Luego, los jóvenes pintores: Blanes Viale, de obra madura ya; Cúneo, buscador de expresiones nuevas y el más interesante; Arzadum y Guillermo Rodríguez.

—¿Y en la escultura?

—Veo uno solo con obra que tenga aspectos americanos: José Luis Zorrilla.

—¿Qué opina de Zorrilla?

—Que es lo mejor que tenemos, y que va a ser — si no lo es ya — nuestro gran escultor.

—¿Qué piensa sobre los poetas de su generación?

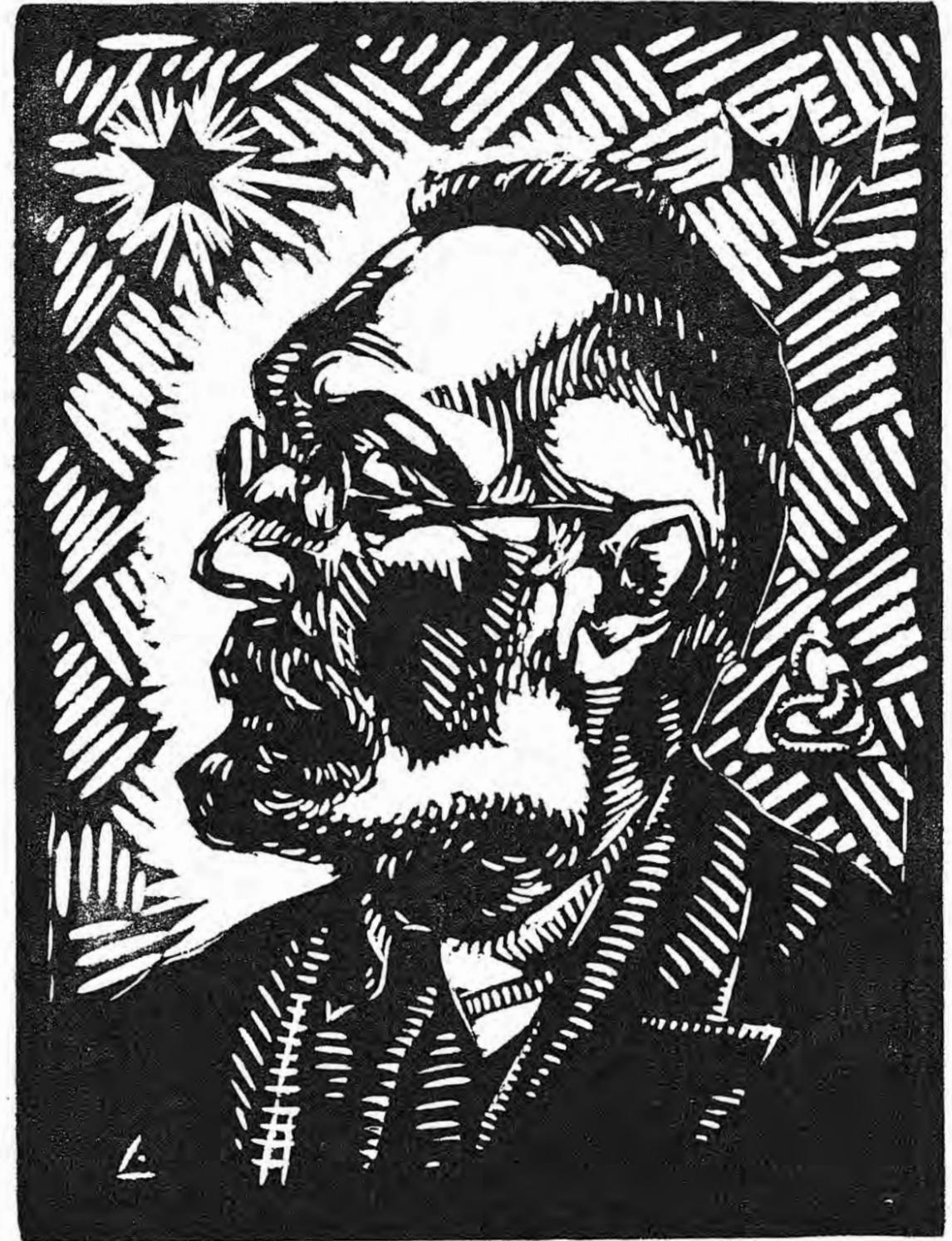
—Me llena de orgullo mi generación. Nunca el Uruguay la tuvo igual, de poetas tales, con valores tan distintos y tan altos.

—¿Se anima a nombrarlos y a decir dos palabras sobre cada uno de ellos?

—Sí; comencemos por las mujeres: Juana de Ibarbourou, que me encanta, sencillamente; Luisa Luisi, cuya obra me merece muy alto respeto. Entre los hombres, Emilio Oribe, bien moderno y depurado, quien, ahora, como vive en el campo, adorna sus poemas con nidos de hornero y los calienta con fuego de churrinches; Sabat Ercasty, cuya obra, a veces, no es de mi gusto, cosa que no impide vea en él a un poeta de fuerza lírica extraordinaria. Pedro Leandro Ipuche, por algunos de sus poemas de “Alas Nuevas”, en los cuales, su orientación tiene aspectos coincidentes con la mía, más en el sentido racial que en el estético.

—Y de la generación anterior, ¿a quién considera más interesante?

—A Emilio Frugoni, porque se ha renovado, y de tal modo, que es como de la nuestra.



HOMENAJE DE “LA CRUZ DEL SUR”

AL PRIMERO DE LOS ESPAÑOLES, HONRA DE SU PAÍS Y ORGULLO DE SU RAZA

Linoleum de F. Lanau.

Lo que llamamos "nuestro yo" no está solamente en nosotros. Está también fuera de nosotros. Está un poco en el yo de los que nos rodean, y en las fuerzas que nos circundan, y en la vida que nos agita y nos lleva y trae, como las olas a la barca. ¡La barca!... He ahí el más perfecto símbolo de la individualidad humana. Cada barca tiene su forma y sus condiciones propias para la navegación. Unas cortan mejor que otras el líquido elemento; unas son livianas, otras son pesadas; unas corren como flechas, otras se balancean lentas y gravitantes como la indecisión. Pero la fuerza que las mueve no está en ellas mismas. Las mueve la corriente, o el soplo del viento, o el brazo del hombre... La barca en sí es un instrumento por medio del cual y para el cual esa fuerza extraña se manifiesta, y el efecto de esta fuerza — su exponente — dependerá de las condiciones de la barca, así como de otras fuerzas que puedan contrariarla: si el brazo del hombre, el viento y la corriente; las corrientes, si el viento; el viento, si las corrientes. El espíritu humano no es más que el espíritu de la naturaleza soplando sobre la vela de una nave; el soplo del mundo pronunciándose en el sonido de una caña. La caña es el hombre; su sonido, su espíritu;

el viento que lo arranca es esa fuerza inmaterial, imponderable y dispersa que palpita en el cosmos y es uno de los elementos naturales, si no la síntesis de todos ellos. Suprimid la caña y el viento no podrá cantar, es decir, aquella fuerza del espíritu cósmico no podrá pronunciarse en forma de espíritu individual; suprimid el sonido — hay cañas que no suenan — y el viento en esa caña será mudo, inexistente; suprimid el viento... Las cañas no suenan cuando el viento no pasa. Y bien: la personalidad humana es todo eso. El espíritu se pronuncia por el cerebro; pero no viene solamente de nuestro cerebro; viene de más lejos y de todas partes. Es una resultante. Y así como la caña es imprescindible para que el viento haga oír por ella y en ella su voz, así también el cerebro es indispensable para que el espíritu humano exista y vibre.

No esperéis, pues, que un día, cuando nuestro cerebro se haya paralizado y nuestro organismo se disuelva en el universo inmortal, "nuestro espíritu" — ese sonido cerebral que nos individualiza — pueda volver a pronunciarse, a vivir, porque desaparece para siempre el sonido de una flauta cuando la flauta definitivamente se rompe.

EMILIO FRUGONI.

E L S M O C K I N G

Juan Pérez había ganado en volumen lo que había perdido en flexibilidad. Sin embargo, esta compensación no lo conformaba. Juan Pérez se encontraba en esa edad perfectamente definible en que, cuando el cerebro no pesa, se comienza a ser nada más que un medio: causa buena, nunca.

Y fué por esa época que a Juan Pérez se le ocurrió pensar, (cosa inverosímil en él), que su smoking, — prenda venerable que contaba bien quince carnavales, pues que vino al mundo en uno de aquellos gloriosos de Juan Pérez, — estaba pasado de moda y descolorido. Además, estrechaba demasiado el abdomen de Juan Pérez desarrollado en proporción directa a su cuello, sus párpados inferiores, sus mejillas y sus orejas. (Estas últimas habían adquirido proporciones alarmantes, tanto que Juan Pérez no podía colocarse, cuando soplaban viento, de espaldas a éste sin correr peligro de que sus orejas hicieran movimientos originales y sugestivos). Observó también que el paño estaba poco gastado, librado milagrosamente de las polillas, y, en fin, utilizable aún. Todas estas observaciones le hicieron pensar, lógicamente, que podría sacar todavía algún provecho del smoking. Venderlo era locura. Los prenderos no dan nada por la ropa usada. Un traje que le había costado bien sus cincuenta pesos en tiempos en que la ropa estaba barata, sería tontera darlo ahora por una cantidad risible. Juan Pérez consultó con su mujer, rubia, saludable y alegre, mayor cinco años que la causa de aquella consulta y va-

rios años menor que su dueño. (Hay que advertir que Juan Pérez era rico, aunque algo tacaño, pero enfermo).

—Ella siempre ha tenido mucho ingenio, — se dijo Juan Pérez.

Colgaron, pues, el smoking en el patio, debajo de la parra, y allí, luego de una prolija inspección, sentáronse y conversaron sobre el destino a dársele. Juan Pérez creyó del caso evocar, — buscando en su voz tonos suaves y acariciadores, y tomando entre las suyas gruesas y rojas una de las finas y blancas manos de su mujer, — el tiempo en que él y su smoking eran jóvenes y paseaban su línea por los salones. Evocó también la época del noviazgo, el casamiento, la luna de miel. Aquello era conmovedor como una despedida. Pero la conversación, en concepto de su mujer, que bostezaba, se desviaba del objeto perseguido. Traído nuevamente al terreno, Juan Pérez, que no tenía qué hacer, propuso transformar el smoking en saco de abrigo para su costilla. Pero esta idea no fructificó, por cuanto el color no era de moda, y además Marta, que tal era el nombre de aquella rubia saludable y alegre, poseía un rico saco de pieles que le sentaba a maravilla. Las acciones del smoking fueron bajando, y se llegó hasta a proponer cortarlo y hacer trapos para limpiar botines, metales, etc. Pero al imaginar la cantidad de paños que produciría aquella, Juan Pérez se horrorizó, pues no podría buscar nunca más, sin encontrarlo, un trapo para limpiar los

botines, y este era uno de los motivos más comunes e interesantes de sus conversaciones. Ni por un momento pensó ninguno de los cónyuges, en regalar el smoking a alguien que lo necesitara. Por fin, la mujer propuso arreglar aquello como traje de entre casa para Juan Pérez. Ponerle vivos oscuros, franjas ídem al pantalón y una cademilla de seda uniendo el frente del saco. Esto era sencillo, barato y útil. Juan Pérez quedó encantado:

—¡Pero qué ingenio tienes! — exclamó. — Nunca había tenido traje de entre casa. — Preguntada su mujer si se animaba a hacer el trabajo, contestó que sí. Ni una palabra más. Aquella misma tarde, ataviada con su mejor sombrero, su hermoso saco de pieles, y unas botitas encantadoras, la mujer de Juan Pérez salió a compras, sola. (Cosa rarísima, pues Juan Pérez no la dejaba salir así, ni recibía visitas, vaya uno a saber por qué). Juan Pérez quedó esperando, impaciente. Esperó una, dos, tres, cuatro horas. Al cabo regresó su mujer: volvía cansada de tanto andar, pues no podía encontrar el gusto necesario. Volvía con los ojos brillantes y las mejillas rojas. Juan Pérez no osó reprocharle su tardanza. Ansioso, trató de que se comenzara el trabajo. Así que después de la cena, se inició con entusiasmo la tarea. Juan Pérez observaba anhelante. Trabajó ella hasta media noche. Luego durmieron. Madrugaron al día siguiente. Para la hora del almuerzo, estaba aquello terminado, planchado, cepillado y puesto. Quedaba aun un poco estrecho a pesar de la cademilla de seda bastante larga, pero, como traje de entre casa... Juan Pérez estaba radiante. No se cansaba de ensalzar el ingenio de su mujer.

Salió diez veces a la puerta de calle. Se asomó al balcón. Fué al almacén de la esquina a comprar alpiste para los canarios. Pero no estaba conforme: ni un conocido pasaba; nadie que pudiera distinguirlo con una sonrisa de aprobación. El testimonio de la criada no le servía, y su mujer sólo miraba los espejos, que vivía limpiando. Durante la cena, dijo Marta algo sobre «esos trajes de fumar». Juan Pérez quedó pensativo. Aquella noche durmió poco. En su cabeza danzaban ideas anormales. (Anormales por ser ideas, primero, y por raras, en segundo término). Imaginaba un saloncillo con amplios divanes, ricas mesitas, ceniceros dorados, velas de estearina perfumada... Había visto esto en casas de amigos... El nunca había gastado en estas cosas... Su mujercita se distraería... Luciría su ingenio... Podría él, así, presentarse con su traje de fumar, ser un perfecto dueño de casa, ataviado, elegante... Después de la cena: — Pasemos a fumar un cigarro... — Y las señoras quedarían de sobremesa, o pasarían a la sala a hacer música... Habría que comprar piano, divanes, escritorio... ¡qué diablo!... ¡un gusto es un gusto! — Pasó dando vueltas al proyecto toda la noche. Por la mañana lo comunicó a su mujer. Fué aquella la primera vez que los brazos blancos y finos estrecharon fuerte, sinceramente, aquel cuello de toro, que los rojos y húmedos labios oprimieron temblantes el cálido bello; que aquel vientre divino se aplastó largamente sobre el abdomen hiperbólico. — Parecía que abrazaba otra cosa.

Durante varios días salieron los cónyuges. Recorrieron almacenes, mueblerías, tiendas, provisiones... Hubo regateos, discusiones, llantos. Pero

siempre triunfó el ingenio de Marta. Por fin, al cabo de una semana, quedaba terminada la instalación del saloncillo de fumar en una habitación del frente, el comedor convenientemente ahajado, y la sala ídem, amén de un piano magnífico, gasto éste que costó sudores cuantiosos a Juan Pérez. El cumpleaños de Marta coincidió con el feliz término del arreglo de la casa, y fué el pretexto para iniciar las veladas proyectadas. — Se invitaron las relaciones, elegidas escrupulosamente después de un detenido examen y discusión de bondades y defectos. Juan Pérez se descubrió entonces grandes condiciones de dueño de casa, y fué ponderada su elegancia y su finura.

Gran resonancia tuvieron aquellas reuniones. Los periódicos se ocuparon de ellas, y en la sociedad burguesa se disputaban el honor de concurrir a casa de Juan Pérez. Este admiraba cada vez más el ingenio de su mujer, demostrado en los menores detalles. Además, la hermosura de Marta, realizada por costosos vestidos, deslumbraba. Y esto era gran halago para Juan Pérez.

Asiduo concurrente a las veladas, era un muchacho listo, fuerte y hermoso, presentado por uno de los conocidos de la casa (no se sabía a punto fijo por cuál), y al que Juan Pérez no pudo desairar por dicha causa. — Parece que algo le decía el corazón... Nunca fué de su gusto el nuevo conocimiento.

Un día (hacia un mes que se habían iniciado las reuniones en casa de Juan Pérez), se encontraban en la sala invitados y anfitrión esperando a la dueña de casa que había salido a compras. Llegaba la hora de la cena, y Marta no aparecía. Pasó una hora más, y cuando la impaciencia se reflejaba ya en todos los rostros y la conversación languidecía lamentablemente, habiendo recurrido Juan Pérez (que tenía el rostro congestionado) a fin de animarla, a hacer comentarios sobre el ingenio de su mujer, un mensaje para el dueño de casa puso una nota de sobresalto en la reunión. Juan Pérez abrió el sobre azul, con manos temblorosas, y una vez abierto, sus ojos asombrados leyeron algo que debía ser una mala noticia, por cuanto Juan Pérez se desmayó, y el papel cayó de sus manos. Todos los concurrentes se precipitaron sobre él (sobre el papel), disputándose porfiadamente. Leyeron: «Parto. No me esperes. Perdóname. Marta». — Cuando Juan Pérez volvió en sí, estaba solo.

Recordó y vió, como entre una niebla, a sus invitados, menos al joven listo, fuerte y hermoso presentado por uno de sus conocidos (no se sabía bien cuál). No trató de averiguar nada.

En los días y meses subsiguientes, Juan Pérez casi no comía. Recorría las lujosas habitaciones, silencioso y tético como un fantasma, envuelto en una ancha y vieja capa, y con unos zapatones de paño calzando sus pies.

Un día corrió entre sus relaciones la noticia de su muerte. Un aneurisma. Parientes cercanos se encargaron del entierro y vistieron el cadáver con el elegante traje de fumar debido al ingenio de Marta. La fortuna de Juan Pérez pasó íntegra a manos de esta mujer prófuga y adúltera, que residía en una ciudad vecina, y así cobró ella el trabajo de transformar el smoking que tantos triunfos dió a Juan Pérez en tiempos cercanos, recordados por sus relaciones con placer.

Juan Mario MAGALLANES.

LA EXPOSICION DE PEDRO FIGARI

CUADROS DE LA
EXPOSICIÓN FIGARI



Dr. PEDRO FIGARI

Después de los ruidosos y bien merecidos triunfos obtenidos por el doctor Pedro Figari en Buenos Aires y París con sus expresivos cuadros que reproducen la vida y costumbres de nuestros gauchos y muchedumbres urbanas del siglo pasado, ha vuelto por segunda vez a organizar una exposición en lo de Moretti, Catelli y Cia., obteniendo ¡por fin! pleno éxito e imponiéndose en el reducido

círculo de nuestros artistas y «amateurs», ya que ese éxito no puede ofrecer más dada la reducidísima educación estética de nuestro ambiente. La exposición Figari constituye un acontecimiento artístico de extraordinaria significación, y es de destacar la actitud de varios ciudadanos distinguidos que encabezaron una suscripción con el objeto de adquirir varias de sus telas que irán a enriquecer las endeble galerías de nuestro incipiente Museo de Bellas Artes. Nada más apropiado para figurar dentro del patrimonio común que los cuadros de Figari inspirados en escenas de campo o de ciudad, de nuestros países rioplatenses. Nada hay hasta ahora de lo realizado por nuestros artistas dentro de ese orden pictórico, y por eso su obra, además de los valores esencialmente artísticos de que desborda—opulencia en el color, sentido de lo decorativo, inmejorable composición de las escenas, dibujo exacto y dinámico, humorismo, etc.—tiene el mérito de constituir algo así como un documento en que se revive una época interesantísima de nuestra historia, que ningún otro artista había sabido comprender y sentir con intensidad semejante, ni reproducir con tan insuperable maestría. Figari ha disipado bien gallardamente esa indiferencia que rodea a todo lo que hacen nuestros artistas—incapacidad de unos, malevolencia de otros—y que obliga a muchos a ir a buscar el estímulo necesario para proseguir su obra bajo cielos más propicios y en ambientes más preparados. LA CRUZ DEL SUR, que tendrá siempre palabras de aliento para nuestros artistas, se complace en destacar los méritos excepcionales de este gran pintor cuya obra adquirirá mayores valores a medida que pase el tiempo, al revés de otras que no duran más allá de un efímero y pasajero minuto.



G A T O

L A C I U D A D

Ciudad, tu enorme vientre es cálido y fecundo,
Apretado de vida y sembrado de sendas.
Para que te ennoblezcas y para que trasciendas,
En ti acumula el hombre los tesoros del mundo.

El río que en el campo corría vagabundo,
Contra tus rectas calles, libra crudas contiendas
Y está sucio, quejoso de que no le comprendas
El repetir continuo de su rumor profundo.

Cuando las luces triunfan de las sombras tenaces,
Y pasa el agua, incansable, bajo los grandes haces
De hierro de los puentes, y tú en imagen, corres

Sobre sus tibias ondas, tras invisibles huellas,
Miras la vela ansiosa que montan las estrellas
Sobre la solitaria fijeza de las torres.

FEDERICO MORADOR



ENTRAN LOS REYES
AL CANDOMBE

(Foto Carbone)

COMO CONOCÍ A ERNESTO HERRERA



ERNESTO HERRERA

Muy pocas cosas, Herrerrita, viven en mi corazón tan vigorosas y tan puras como el recuerdo de tu amistad o, mejor, de nuestra amistad. Busco en el tiempo un instante, un minuto, un segundo siquiera, que pueda ser señalado como aquel en que comenzó nuestra amistad, como aquel en que te vi por primera vez; pero no lo encuentro. Hago, inútilmente, un esfuerzo de memoria para precisar las circunstancias a que debe referirse el tema de este artículo que me ha propuesto Lasplaces, «cómo conocí a Ernesto Herrera» y me parece que tú, Ernesto Herrera, hubieras vivido siempre en mi corazón. A veces, siento como que tu dolor me siguiera pesando en el corazón.

No sé; se me ha perdido en el recuerdo, si es que ha existido, la escena del instante en que por primera vez nos encontramos. El más lejano recuerdo que tengo de ti, se remonta a aquellos inquietos días de Marzo de 1903 y aquel batallón de muchachos voluntarios — llenos de pueriles heroísmos — que mandó por unos cuantos días don Carlos Travieso. Eras un niño, un muchachito, esmirriado, enclenque, curvadas las espaldas, muy largos los brazos, muy largas las piernas, muy pálido y muy triste el semblante. Y a pesar de que eras un niño, un muchachito, tenías cara de hombre, de hombre envejecido en el dolor... Ya entonces, habías sufrido tanto, tenías tanto dolor, tanta necesidad de cariño y de alimentación! Pero como eras muy niño, sin embargo, estabas lleno de visionarios entusiasmos y te presentaste un día al improvisado cuartel donde nos dieron unas carabinas muy grandes y muy pesadas; más grandes que nosotros, y que al cabo de andar con ellas un rato nos pesaban como si cargáramos sobre el hombro una montaña.

Tú llamabas la atención de todos en el cuartel, cuando en las largas horas de ejercicios te veías forzado a colocar el arma sobre el hombro. Se hacía en «cuatro tiempos» este movimiento; pero a tí, débil y pequeño, te costaba enormes esfuerzos y para que el fusil llegara sobre tu hombro, subías y bajabas alternativamente los brazos

como si estuvieras extrayendo de un pozo una cadena muy pesada. Muchos de los compañeros del batallón — los muchachos son así de crueles — se reían por eso de tí; y tú, ya entonces sabías reírte de tí, de tu pobre cuerpo esmirriado y enclenque.

Entre los grupos que se formaban en los momentos de descanso, tú eras uno de los motivos del comentario. Algunos, mientras te miraban pasar de lejos, decían, un poco misteriosa y confidencialmente a sus compañeros más próximos, que aunque tu aspecto era de un niño, tú eras viejo. Tiene treinta años, decían; tiene treinta años! Era que algo veían en tí, que no comprendían. Tú, niño, — quizá no hacía más que diez y seis años que habías nacido — ya tenías cincuenta años!

Y como tú, descolorido, envejecido, deslucido, era ese traje que llevabas, marrón y amarillo, los colores de la perdiz, y que fué causa de que los muchachos de tu barrio te llamaran, durante mucho tiempo, «perdiciña!» Y es verdad, Herrerrita, que entonces no eras más que un ser insignificante, una infeliz «perdiciña!»

En aquellos días de Marzo de 1903, dentro de la empalizada rectangular que rodeaba al galpón que llamaran el Pabellón Nacional, donde expandíamos nuestros ingenuos entusiasmos los muchachos del batallón 1.º de guardias nacionales, todos los días hallábamos los dos un momento para conversar, apartados de todos. Y cuando nos encontrábamos durante los ejercicios, uno en una sección desplegada en guerrilla «paso al trote», otro en una sección que, a pie firme, apuntaba con los enormes caños de sus enormes fusiles, nos saludábamos siempre con una sonrisa.

Yo no sé si antes de entonces ya te había visto alguna vez; pero sé que entonces, Ernesto Herrera, ya te conocía yo «de toda la vida»...

Un día, la vida volvió a unirnos otra vez en el momento más interesante de nuestras existencias. Era el momento del florecimiento juvenil y era en aquel «café» donde se nos había confinado en una habitación interior que albergaba noche a noche, alrededor de la mesa llena siempre de copas, a Leoncio Lasso de la Vega — ejemplo de perenne juventud — con su erudición verbosa y su imaginación centelleante; a Angel Falco, en el instante de sus más heroicas actitudes de revolucionario de librería; a Alberto Lasplaces, que desbordaba su temperamento en versos que se empeñaban en ser franceses; a Florencio Sánchez que, de cuando en cuando, aportaba a la reunión el aburrimiento de su abúlica melancolía; a Julio Alberto Lista, en quien las debilidades comerciales iban ya cediendo paso a las debilidades literarias; y a Alberto Macció y a Antonio Mascaró y a Avelino Delgado y a dos que «de puro aficionados», se corrían desde la sala de billar hasta nuestra mesa y que frecuentemente nos dejaban, con una sonrisa, su sardónico desdén.

Cierto día me detuvo en la calle Julio Lista para exigirme explicaciones por haber faltado al café en la noche anterior. Con su incontenible espontaneidad, su ardoroso entusiasmo sin duda mayor que el de todos nosotros y con acento cálido, me dijo: —¡Lo que has perdido! Lasplaces llevó a un muchacho muy inteligente! ¡Si vieres qué talento tiene! ¡Si vieras qué lindos versos tiene! Se llama Herrera ¿lo conoces? Herrerrita... Es chiquito así...

Y al decir «es chiquito así», nuestro amigo extendía paralelamente el índice y el pulgar de la

mano derecha, casi hasta tocarse sus yemas, y reía, gozoso. ¡Cuánto gozo, qué grandes satisfacciones sentíamos todos, cuando en uno de nosotros advertíamos buenas cualidades o buenas obras! Por eso fué que tú, Ernesto Herrera, desde el momento en que apareciste en nuestras reuniones te apoderaste de todos nosotros y, a la vez, fuiste nuestro. Hoy, recordando todo a través de los años y de la experiencia adquirida, volviendo a ver lo vivido, advierto que lo mejor de tu espíritu, Herrera, lo mejor de tu bondad, de tu bondadoso corazón dolorido, lo recogimos todos nosotros en aquellas noches que eran — que serán para siempre — bellas y esplendorosas fiestas de la juventud!

No teníamos más que entusiasmos, sueños y versos; pero como para verter todo esto, para depositar este caudal, necesitábamos un vaso, fundamos «Bohemia», donde, si es verdad que no escribimos nuestras mejores páginas, es verdad, en cambio, que dejamos los más brillantes momentos de nuestra juventud. Pero tú pusiste más; tú, desposeído, acuciado y mortificado por las privaciones, magnánimo, maravilloso y millonario, entregaste todo lo que pudiste lograr en dinero, diste quince pesos — para tí una fortuna fabulosa —

con los que hicimos el primer número de «Bohemia»! ¡Con el único dinero que logró un bohemio! A pesar de que todavía eras pequeño, «chiquito así», como decía Lista, ya eras grande, Herrerial! Eras pequeño todavía, eras todavía el muchachito aquel del batallón de don Carlos Travieso, y ya llevabas en el corazón la estrella de un amor romántico, imposible y absurdo, un amor que no tuvo historia, un amor que

«...fué una estrella fugaz
que mi vida cruzó como una roja
serpentina de luz, y nada más!»

Así empecé a conocerte y así llegué a conocerte; y cuando a través del tremendo misterio que nos separa te recuerdo todo entero, siento agrandarse la satisfacción que me produce el haber llegado hasta tu espíritu, el haber penetrado tu talento, el haber sentido bajo mi mano el latido de angustia de tu corazón, Herrera, Herrerial!

Orosmán MORATORIO.

Abril|24.

LA MUJER EN CINTA

Ahí va por la calle la mujer en cinta.
Si su paso es torpe, su mirada es dulce.
Va tornando blanda la tierra que pisa.
Sus caderas tienen ondular de cuna.

Va su cuerpo débil sosteniendo el seno
que pesa el secreto de todo un destino.
Ella va soñando... ¡arrullos, sonrisas!
Ella va soñando y tal vez presiente
el olor rosado de una flor de carne
que en su carne misma con amor florece.

Ella va soñando... ¡caricias y cantos!
Ella va soñando, y le pesa menos
este henchido vientre que su sexo virgen
y el ramo de azahares que llevó orgullosa
la noche de bodas.

A su paso lento todo va tomando
maternal sentido.
Todo es tibio y cóncavo como un seno amante.
Todo le sonríe sin saber por qué.
De sus ojos nacen azules caminos,
y ella los elige con tierna avaricia.

Y si a ratos siente que su carne sufre,
temiendo un más hondo y mudo dolor,
como si besara sus propias entrañas,
murmura en un beso, en un grito, en un sueño:
¡arrrró pedazo de mi corazón!

H U M B E R T O Z A R R I L L I

ASPECTOS DE MONTEVIDEO



EL CORDÓN AL SUR Y LOS CAPUCHINOS.

(Linoleum de F. Lanau).

D E F I N I C I Ó N

La ciudad en que vivo es una gran aldea
con sus casitas chatas de techo de azotea
y su espíritu chato como su arquitectura.
En fin, que tiene el genio igual a la figura.
Sin embargo su vida no carece de encanto
el encanto de un sueño quieto, más no profundo,
al cual llegan afónicos los rumores del mundo...
Su ritmo es cadencioso, lento como el de un canto,
de cuna.

Pero aquí gira en tanto
la diabólica rueda de la fortuna.

E M I L I O F R U G O N I

Verdes y largas olas de campo, las colinas
Ondulan en el círculo hueco del horizonte.
Algunas se empenachan con la espuma de un monte
Y otras hay salpicadas de casas blanquecinas.

Como una oscura mancha de compacta resaca
La tierra arada muestra sus surcos paralelos.
Y las últimas aves, en triangulares vuelos,
Cruzan el aire fino bajo la tarde opaca.

El pueblo y la campiña se llenan de crepúsculo.
Una nube alargada, como un sangrante músculo,
Le finge un telón rojo al rústico escenario.

Y mientras suena lento el ángelus sonoro
En la vetusta aguja del viejo campanario
Enhebra el sol el último de sus hilos de oro.

EDUARDO DUALDE

A P R E S M I N U I T . . .

Las calles en la noche palpan la eternidad...
Por su cauce obscuro, el río de un silencio
va mojado de un reposo dulce
a la pobre ciudad...

Los ojos insomnes de los faroles
guiñan en la sombra su icterica pupila,
y en lo alto de la calle son
faros para el sabático marino
que naufraga en alcohol...

La orquesta sinfónica de los gatos
en el atril de las techumbres
interpreta musicales garabatos;
y una mujer que pasa
vista desde lejos

(así fuera una anciana
o una dulce enfermera)
para el trasnochado callejero
es una cortesana
que aún espera...

Dos perros vagabundos
nos florecen una inquietud sentimental
o un deseo absurdo de seguirlos
por ver a donde van.

Después: el límite,
la puerta de la casa
tras la cual no hay arcanidad;
solo, el lecho blando
donde orear la fatiga
de vivir mal...

JULIO VERDIÉ

«**POEMAS MONTEVIDEANOS**». — Emilio Frugoni. — Después de ser en «De lo más hondo» y «El eterno cantar», el poeta del Amor, y en «Los himnos» el aeda de las reivindicaciones proletarias, Emilio Frugoni ha querido ser el cantor de Montevideo, esta ciudad tan bella y tan áspera que lo enamora como una mujer amante y perversa, encantadora y esquiva a la vez. Es un libro lleno de ternura y de emoción en que el poeta trata de fijar en versos sonoros y finos, las impresiones de sus largos paseos a través de las calles hirvientes de la urbe, o más frecuentemente, por sus pintorescos y plácidos alrededores, en los que descubre lleno de alborozo nuevos mundos insospechados, llenos de grata y fresca poesía. Una serie de cuadros expresivos desfilan así ante nuestros ojos, transmitiéndonos la emoción con que plasmaron y nos presentan un Montevideo que quizá no sospechábamos reflejado por una retina sutilísima que no deja escapar ningún oasis a la contemplación y al éxtasis. Después de una larga pausa, Frugoni, monopolizado por sus actividades políticas, se reincorpora a la literatura nacional con este libro que señala claramente las facetas de la evolución cumplida en su pensamiento, y se inicia, puede decirse con él en la nueva corriente lírica que triunfa en todas partes porque es la que mejor interpreta las inquietudes y preferencias del momento. Todavía se notan en «Poemas de Montevideo», resabios bien visibles de su antigua manera: composiciones demasiado extensas; ritmos gastados; metáforas en desuso; interposición de temas filosóficos en composiciones que debieron ser únicamente pictóricas o sentimentales. Pero en cambio, en el dominio de la imagen, Frugoni ha progresado extraordinariamente, y las hay muchas en las páginas de su libro, de una fuerza sintética incomparable, llenas de expresión y de armonía, verdaderos relámpagos que dan en un instante una clara y profunda impresión de lo descrito, dejando ver lo sustancial e imprescindible. Montevideo, tan olvidada por los artistas de todo orden, y que tan rico venero artístico es para las pupilas que saben mirar, tiene ya en Frugoni su cantor, el cantor esperado tanto tiempo en vano, y que se ha presentado aureolado de sólido prestigio y llenos los labios de suaves y entusiastas canciones.

«**LOS ROSTROS PALIDOS**». — Montiel Ballesteros. — Cuatro años hace que Montiel Ballesteros nos abandonó para ir a ocupar el Consulado de Florencia. Cuatro años que han producido cuatro libros de primer orden: «Cuentos Uruguayos», «Alma nuestra», «Fábulas y cuentos populares», y ahora: «Los rostros pálidos». Cuando iba de aquí Ballesteros no llevaba más que tres libros de versos muy estimables, pero no sobresalientes. Ahora es ya un escritor completo, uno de nuestros mejores prosistas y a mi juicio, un extraordinario narrador de escenas de nuestro campo. Fresco todavía de tinta, acabamos de saborear este travieso volumen que ha titulado «Los rostros pálidos», como llamaban nuestros indios a los conquistadores. Son cuentos europeos esta vez los que nos envía nuestro talentoso compañero; rápidas y penetrantes impresiones de una vida distinta a la nuestra y contemplada a través de un fino lente irónico que modifica, al desdoblarse, el aspecto de las cosas. «Los rostros pálidos» parece la venganza de un indígena americano que no ha encontrado en aquel ambiente refinado todo lo que le prometía, y del que se desquita ahora implacablemente volatilizándolo entre perfumes y sonrisas crueles. Ha ido a buscar sus personajes en todos los

ambientes y en todos ha descubierto el ridículo y lo ha puesto de manifiesto alegremente como feliz de haberlo hallado. Montiel posee ya un estilo personal compuesto de frases cortas desbordantes de intención, e interrumpidas amenudo por puntos suspensivos que dan libertad al lector para ampliar su pensamiento. Su prosa es viva, nerviosa, llena de imágenes, quizá excesivamente cortada hasta el punto de que algunas veces compromete la ilación de las escenas que describe, pero casi siempre eficaz y sintética, es decir, moderna en toda la extensión de la palabra. Su pincelada es neta y firme siempre, y siempre sobria y eficaz. Quizá desoriente a los que están acostumbrados a ver en el cuento una pieza construida enteramente, con prólogo, nudo y epílogo, todo seguido y relacionado entre sí. Aunque hay orden lógico en sus narraciones, no es ya ése, y prefiere los pequeños párrafos desnudos de galas inútiles y aparatosas a las largas disquisiciones literarias. Resulta así cinematográfico, pues los cuadros distintos se suceden rápidamente dejando en el lector una impresión clara y nítida no distraída por ningún oropel. En resumen: un libro excelente que añade un valor positivo más a la obra de Montiel Ballesteros ya tan importante y tan variada.

«**ARTISTAS DEL URUGUAY**». — Impresiones literarias, por Juan M. Filartigas. — Este pequeño pero nutrido volumen contiene juicios críticos sobre la obra realizada por José Enrique Rodó, Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustini, Emilio Frugoni y Juana de Ibarbourou y es según tenemos entendido, el primero de una serie en que el autor, espíritu culto y serio, estudiará la labor de lo más destacado de nuestra reducida república literaria. El caso de Filartigas sale de lo que por lo común acontece entre nosotros y por ello mismo hay que aplaudirlo y estimularlo como se merece. Falta en nuestro ambiente quien se dedique a la crítica sana y desapasionada, fuera de las sugerencias de camarilla y librada de rencores personales. Filartigas se coloca desde el primer momento en un plano superior y con el espíritu libre dice lo que le han inspirado aquellos autores. El objeto de la crítica no es el de consagrar o condenar, como parecen entenderlo algunos equivocados que se creen llamados a ser árbitros inapelables de la opinión. Yo la definiría simplemente — y lo que es más difícil, — como «un espíritu a través de otro espíritu». Filartigas la comprende también así, en lo fundamental, y por ello su libro es tan estimable. Hay en él conclusiones con las cuales no comparto y algunos conceptos que me parecen erróneos, como ese en que quiere hacer pasar como sinónimos, desde el punto de vista artístico, a socialismo y vulgaridad. También divaga algunas veces, desviándose del motivo central para hacer excursiones inútiles por otros campos. El estilo, aunque tiene su personalidad, peca amenudo por dureza y obscuridad debiendo dedicarse incansablemente a hacerlo más dúctil y más armonioso. Fuera de esto, se puede afirmar que hay pasta superior en Filartigas, y que ha de llegar a ser un escritor de nota si sigue aumentando su cultura y cultivando sus condiciones a las que les falta un poco de más serenidad y áspero pulimento para llegar a la madurez.

A. L.

P E E C K , P I I C K Y C i e .

De "LOS ROSTROS PÁLIDOS"

Natural, aunque tengamos esta criticable debilidad por el sexo bello, no nos detenemos a observar a cuanta diablo pasa al lado nuestro.

Y menos en viaje, frente a un palacio cuyo estilo renacimiento nos recomienda el Badaeker, o ante el estupendo Inghirami, de Raffaello, o mientras nos torturamos el cuello, los ojos puestos en el Adán y Eva robustos de la Capilla Sixtina...

Pero cuando hemos visto en una góndola del Canal Grande a una blonda miss romántica que sueña mirando la Isla de San Giorgio o suspira ante Santa María della Salute; cuando la misma rubiecita, que ahora nos parece francesa, se detiene con una inteligente comprensión ante los frescos de Beato Angélico en las celdas del Convento de San Marco, o goza la visión inigualada de esa armoniosa plaza del Duomo de Siena, bajo la noche estrellada... y cuando esta femenina figura va siempre diversamente acompañada, nos es necesario verla y recordarla hasta el punto de sernos familiar y complementar nuestras más caras e inolvidables impresiones.

Por eso cuando el señor Ministro, de paso por Milán, me presenta en el hall lujoso del hotel a la señorita Susanne Durand, que va a Capri a reunirse con su familia, estoy a punto de exclamar:

—Si yo ya conozco este bichito!

Pero el señor Ministro es un personaje respetable, y yo debo guardar la forma.

Nuestro diplomático es una persona ya un poco anciana — (me debe llevar treinta años) — a quien no le sienta bien el aire de Italia en tan buena compañía, por lo que, bastante zangoloteado de los viajes, luego del café, del habano perfumado y del rum, se adormece en la muelle poltrona. Conversamos con la señorita.

Es fina, encantadora, inteligente.

Hablamos de viajes.

Evoca con una sutilidad y un gusto refinado las cosas de arte, los rincones históricos, los paisajes de magia. Conoce Suiza, ha recorrido España, no hablemos de su Francia, y ahora se especializa con Italia.

Ella es una mujercita moderna.

Reúne a una exquisita sensibilidad un equilibrado sentido práctico.

Me afirma:

—Es posible me haya visto en Florencia, en Venecia, en San Gimignano, esa joya medioeval dormida en el cinturón de sus viejas murallas adornadas de magníficas puertas monumentales...

Sueño con la Toscana de los esponjados olivares de plata y los cipreses espirituales; con el paisaje asordinado de Siena, con la trágica horfandad de Pisa, durmiente del bosque de la historia.

—No tengo tal familia en Capri...

—Sí, usted siempre me ha visto con gente joven. Es con quien me agrada viajar.

Es lo ideal.

La luna de miel en los canales poéticos donde bogan las góndolas... En la Roma eterna, sintiendo la música de sus fuentes... Frente al azul mar de Nápoles, arrullados por las canzonettas sentimentales y melancólicas...

Viajar sola es bastante aburrido. No tener con quien cambiar impresiones... volver a la noche a los fríos e inhospitalarios cuartos de hotel, amarillos de nostalgias... no encontrar quien nos diga una frase en nuestra lengua, nos haga una caricia, un mimo...

En fin, la naturaleza nos ha dado dos ojos, pero nada se ve mejor que con cuatro... Entiende?

Entiendo. Valoro el refrán:

«Cuatro ojos ven más que dos».

Y no le escatimo mi aprobación y mis elogios.

Extraordinaria fémica capaz de vivirse cuatro lunas de miel en un año, bajo diferentes cielos, y contestar «yes» a un inglés, «oui» a un hijo de Galia, y «sí», con un arrastre tropical, a un sudamericano tanguista y un sí es o no rastacuero.

No es de hoy mi alto concepto sobre las generosas Afroditas. Samaritanas del amor, que refrescan la boca sedienta de los peregrinos... Y qué decir de este ser excepcional, espejo del buen gusto, alma de artista, con cuatro lenguas, que sabe pintar y coloca bien un suspiro, una exclamación, una frase en un umbrío laberinto del Jardín de Bóbolí, bajo los arcos góticos del Palazzo Ducale, entre los mirtos verdes y las rosas pálidas de Villa d'Este...

No poseo madrigales ni exaltaciones suficientes para esta sacerdotiza del Amor, del Arte y de la Poesía.

Escanciadora de la Ilusión, que es la mejor gracia de la vida, tiene una misión tal que una sociedad mejor civilizada consideraría casi divina, por arriba del mérito de los filósofos, de los poetas y de los héroes.

La Sociedad Limitada Peeck, Piick y Cie. que a los hombres solteros o casados que viajan solos les facilitan el consuelo de una grata y complaciente compañía, puede parecer una cosa seca, mecánica y mercantilista, como esas empresas norteamericanas de viajes que comprenden en la gira a Italia el ferrocarril, los museos, las propinas, el hotel y diez lecciones de «bel canto»...

Pero prescindamos de la faz práctica del asunto, y vayamos al alma, al suspiro en el claro de luna, a la canción sin palabras, al flexible cuerpo amoroso.

Y unamos a eso la figurita distinguida y elegante, y la garantía de cualquier peligrosa debilidad en las ciudades desconocidas.

No es esta señorita casi una institución?

No es la casa Peeck, Piick y Cie., de París, — única en su género, — una estupenda trovata?

¡Oh, exquisita civilización europea que has llegado a vendernos felicidad a tanto por kilómetro! Yo te respeto y te reverencio, y mientras el señor Ministro ronca, acuerdo con mi simpática conocida un viaje de bodas a Egipto, gira que tendré la suerte de conseguir a tarifa reducida dado que mi antecesor, el distinguido diplomático, ha sufrido (por ser viejo), un recargo en los gastos: «Por acompañar a Capri una señorita que se va a reunir con su familia».

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA QUINCENAL URUGUAYA

APARECE LOS 15 Y 30 DE CADA MES

■ ■ ■

SUSCRIPCIÓN

Trimestre	\$ 1.00
Semestre	» 2.00
Año	» 4.00
Número suelto	» 0.20

■ ■ ■

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CALLE PAYSANDU, 760

Oficina
Taquí - Dactilográfica

(anexa al estudio de los Dres.
BUERO Y LEZAMA MUÑOZ)

■ ■

VERSIONES Y
LECCIONES DE
TAQUIGRAFIA Y
DACTILOGRAFIA
PRACTICA

CALLE ZABALA, 1384

■ ■

Directores:
J. M. Martínez Etchebarne
y Mario Dufort y Alvarez

(taquígrafos de la Honorable Cámara de Representantes y de la Asamblea Representativa de Montevideo)

TRABUCATI & CIA.

25 DE MAYO esquina BME. MITRE

■ ■

FERRETERÍA,
QUINCALLERÍA,
BAZAR,
ELECTRICIDAD,
ARTÍCULOS
SANITARIOS,
ARMERÍA,
CUCHILLERÍA.

Máquinas de Coser "GRITZNER"

■ ■

ACEITES Y GRASAS DE LA
VACUUM OIL Co.

CASA AMARILLA

MUEBLERIA Y TAPICERIA

EN SU NUEVO Y AMPLIO LOCAL
PRESENTA LOS ULTIMOS MODELOS

DORMITORIOS, COMEDORES, SALAS, ESCRITORIOS,
VESTIBULOS, MUEBLES PARA CAMPO,
ESTANCIAS, QUINTAS.



EMBALAJE Y CONDUCCION
Hasta la estación o punto de embarque
GRATIS

G. M. CABALLERO

SORIANO, 929.

MONTEVIDEO.

FUME VD.

PARTAGÁS

Y... RÍASE DE LOS DEMÁS

TOS

BRONQUITIS - RESFRÍOS - ASMA
AFECCIONES BRONQUIO PULMONARES



Siga el tratamiento moderno del GUAYACOL



PIDA EL JARABE

GUAYACOL POTIO

EN LA

FARMACIA BEISSO & CIA.

18 de JULIO esquina RIO NEGRO

ES MAS FÁCIL PREVENIR
QUE CURAR



Evite la gripe, la tos, los resfríos
con el uso del

CORIZOL



El CORIZOL se vende
en pomos esterilizados en la

FARMACIA BEISSO Y Cia.

a \$ 0.60 pomo

LLAMAMOS LA ATENCION DE LAS MADRES

que deseen tonificar a sus hijos durante este invierno con emulsión de aceite de hígado de bacalao, elijan para esto la mejor emulsión. Lo será sin duda aquella que sea más fresca, que reúna más altos principios nutritivos y que sea de sabor agradable como para ser tomada fácilmente por los chicos.

LA EMULSION YODOTANICA POTIO

REUNE TODAS ESTAS CUALIDADES. Preparada en los laboratorios BEISSO & Cia., con aceite de hígado de bacalao bien fresco y siendo además yodotánica reúne en uno solo los altos principios nutritivos del yodo y del aceite de hígado de bacalao.

SI QUIERE HIJOS SANOS Y FUERTES PIDA EN LA

FARMACIA BEISSO & Cia.

CALLE 18 DE JULIO Y RIO NEGRO

LA EMULSION YODOTANICA POTIO

|| TALLERES GRAFICOS ||
FLORENSA & ALTUNA
CALLE PAYSANDÚ, 760 :- MONTEVIDEO

© 1908 - PLATA



... He aquí el heraldo
que anuncia a todos
donde está la fuente del
saber y del deleite
Gracias a como nu-
trido ejerce contra la
ignorancia se envía una
legión de
100.000
volumenes

PALACIO DE LIBROS

25 de Mayo 577